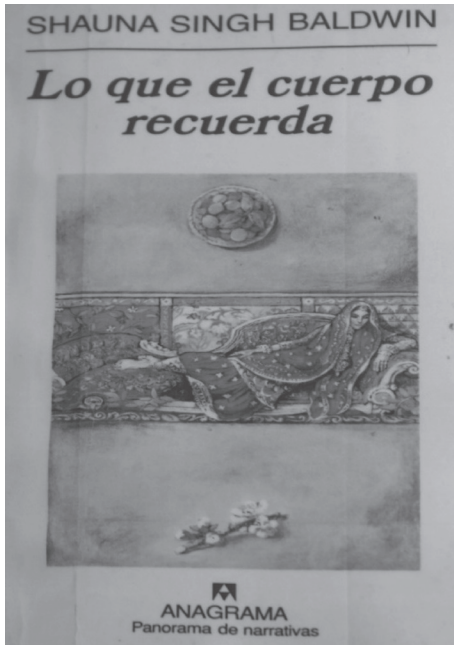


Lo que el cuerpo recuerda

Shauna Singh Baldwin (2002)

Lo que el cuerpo recuerda



Barcelona: Editorial Anagrama
632 páginas

ISBN: 9788433969569

La autora

Shauna Singh Baldwin

Escritora y novelista de origen hindú, miembro de la minoría sij, nacida en Montreal, Quebec y residente en Norteamérica. Dentro de sus obras más importantes se encuentra *Lo que el cuerpo recuerda* (2000), novela ganadora del Premio de Escritores de la Commonwealth, *La Garra de Tigre* (2004), novela nominada al Premio Giller. Su más reciente obra fue publicada en septiembre de 2012.

“La comadrona, al ver mi pataleo, ya sabe, al igual que yo, que no soy un chico. Contra todo pronóstico, contras todas las promesas del pandit, a pesar de toda una vida de devoción y expiación, he resbalado por la cola de la serpiente, y a pesar de todo el dinero y todas las ofrendas que derrame sobre los pandits la última vez, aquí estoy de nuevo... y soy una mujer” (Baldwin, 2002: 11).

Novela histórica en torno a la vida de dos mujeres hindúes pertenecientes a la minoría Sij, esposas de Sardarji, un hacendado, de profesión ingeniero, quienes en sus roles de esposas, hijas y hermanas, develan el lugar que las mujeres ocupan en la sociedad y en la familia de la época. El drama tiene como fondo histórico el proceso de independencia de la India del sometimiento inglés (1942-1947), así como la violenta escisión del territorio entre musulmanes e hindúes, en la que se sella el origen de Pakistán.

Mediante el rito del matrimonio, que regula moralmente la relación de los cuerpos y posibilita el encuentro sexual con fines de reproducción, la familia de Roop ratifica creencia y convicción en los mandatos de los Sijs, así como su adscripción a límites sociales, lo que sella el parentesco con la familia de Sardarji, un hombre 25 años mayor que Roop, cuya primera esposa, Satya, es estéril y no ha conseguido honrarlo con descendencia.

Es Sardarji con quien el padre de Roop realiza el intercambio; ella es entregada a su esposo, quien es su nuevo dueño. Al padre, como propietario de sus hijas, se le atribuye la potestad de su intercambio, cuenta con la autorización que la tradición le otorga de entregarlas en matrimonio al marido, quien las adquiere, dispone de ellas y mantiene el control sobre su descendencia, para ratificar su virilidad y reproducir su linaje, fuente de prestigio y muestra del ejercicio del poder patriarcal. Como objeto de intercambio, las mujeres se asumen y son asumidas como prendas que sirven para ratificar alianzas, procurando la armonía del parentesco; son cedidas y entregadas en razón de la absoluta voluntad de un hombre: el padre, el esposo.

Para las mujeres hindúes de la mitad del siglo XIX, el matrimonio se presenta como un anhelo, aunque en esta alianza la potestad de decidir sobre sus cuerpos y su sexualidad sea atribución masculina. Las mujeres son instrumento de reproducción, su papel es de genitoras, quien no

consigue ser madre, no honra a su marido, ni logra cumplir el sentido que debe fundar su existencia, es decir, quien no logra cumplir con ese mandato, no logra Ser.

“No soy una esposa, pues mi marido me ha abandonado. No soy viuda, pues él aún vive. No soy madre, pues me han arrebatado el hijo que él me dio [...] No soy nadie.” (p. 415).

En la novela, se muestra una manera de amar que atraviesa el ser de las mujeres de una época al permanecer ceñida a determinaciones culturales. El relato reproduce los más íntimos anhelos de las mujeres: ser hermosas, para ser aceptadas, conservarse vírgenes hasta el matrimonio, para honrar al hombre que las entrega y asimismo al futuro marido. Su gran aspiración es procrear una descendencia digna del poder masculino, garantizando la reproducción social y la conservación del orden instaurado en la época.

Las protagonistas de esta historia, quienes en cumplimiento del mandato de la tradición comparten el mismo hombre, están determinadas por discriminaciones de clase, que suscitan densas rivalidades entre ellas, viéndose avocadas a enfrentar los sentimientos de fraternidad, con los que se les ordena convivir. Empero, un drama político atraviesa la vida personal y familiar de Roop, conduciéndola a la asunción de responsabilidades distintas al maternaje, que suscitan en ella una identificación con Satya, quien hasta entonces había sido su rival.

La guerra interna en India desata la lucha por la división del territorio y una fuerte pugna religiosa entre la población; ejércitos hindúes y musulmanes se enfrentan, y los sijs, quienes en medio de estas disputas corren la suerte de las minorías, son despojados de sus territorios ancestrales. Los ingleses, sin asumir ninguna responsabilidad ante la barbarie desatada en India, firman la independencia y con esta la creación de un territorio musulmán: Pakistán.

El mandato de la cultura, fundamentado en la prohibición, configura en historia y estructura la manera como las familias deben inscribirse en el universo simbólico de una época; cada uno de sus miembros se sitúa en un lugar determinado, que significa a partir de su experiencia particular y por medio de la aprehensión del lenguaje. La cotidianidad de la familia sij que nos presenta la novela, deja entrever una estructura comprensiva

de la realidad, soportada en prohibiciones y exaltaciones, desde las que se define la relación de hombres y mujeres con sus cuerpos y con los ajenos, y se establece la disminución del universo femenino, como signo de inferioridad y objeto de menosprecio.

“No necesito comprender las palabras para saber que está decepcionado porque no soy un varón. Hay cosas que no hace falta traducir. Y yo sé, porque mi cuerpo recuerda sin necesidad de palabras, que un hombre que no recibe con gran estima a su hija no me tendrá en gran estima cuando me haga mujer” (p. 624).

Las imágenes meta de hombres y mujeres en el interior de la familia se traducen en una asignación tradicional de roles, acompañada de un modelo corporal, comportamental y estético, que fija el cumplimiento de funciones diferenciadas, como respuesta a atribuciones sociales del ser femenino y del ser masculino.

En el escenario de la novela, hombres y mujeres están determinados por los estereotipos que definen la creencia de cada religión: hindú, musulmana y sij. A los hombres se les identifica con la autoridad y el poder que ejercen en el ámbito público y privado. En contraste, a las mujeres se les asignan labores relacionadas con la maternidad y el cuidado; su valor social es relativo a la facultad de procrear, actividad a la que deben reducir sus aspiraciones, dado que no les es permitido construir anhelos similares a los de los hombres.

Inscritas en creencias religiosas, las vivencias de Satya y Roop representan la memoria de unos cuerpos en los que se ratifica la supremacía del poder masculino; en síntesis, las maneras como la vida colectiva somete a los individuos a imperativos que establece el discurso que circula en una época y lugar determinados.

La novela presenta a la familia como un escenario, en el que converge armonía, protección y amor, con violencia, sometimiento y sufrimiento, una aparente paradoja que devela rasgos en los que puede sustentarse el malestar de los individuos en el interior de este grupo social. Además, muestra al lector una mirada comprensiva de la realidad y señala los límites de la libertad del sujeto; ilustra una forma socialmente aceptada para existir, y la manera en que se reproducen imperativos cuyo cumplimiento no solo

les es ineludible a hombres y mujeres, sino que talla formas para ser, hacer, saber, desear y amar.

“Aquí espero a volver a echar los dados, espero una época en que el simple hecho de existir conlleve tener izzat, en la que a una mujer se le permita elegir a su dueño, en la que una mujer no tenga dueño, en la que el amor sea suficiente pago por el matrimonio, con o sin niños” (p. 465).

Erika Lizeth Sepúlveda Rojas
Estudiante de Trabajo Social